

Luli

Una gatita de ciudad

Mempo Giardinelli

Ilustraciones de Elena Hadida

loqueleg

*Para Marta Giró, Miguel Matta y
Eduardo Villellas, cuando eran chicos.
Y para mi gatita Natalia, que sabe leer.*

Luli vivía en un edificio de departamentos donde todos eran serios, formales, solemnes, gruñones y malhumorados. De todos modos, tenían sentimientos bondadosos y por eso, un día, hacía ya un año, la habían aceptado en la casa. Le ponían un plato con agua y, en otro platito, todas las mañanas le renovaban un mazacote que parecía carne picada, que sacaban de una lata. Estos dos platitos estaban en la cocina. En el baño había un cajón de manzanas, con un hule azul y arena con piedritas, para que Luli tuviera su propio baño. La arena con piedritas se cambiaba una vez por semana.

8 Y eso era todo. Luli podía andar por la casa, sentarse sobre la mesa que daba a la ventana que daba a la calle, y jugar con una pelota que no era otra cosa que un papel todo abollado. De vez en cuando alguno de la casa pasaba y pateaba el bollo de papel y ella se lanzaba creyendo que querían jugar. Pero enseguida se daba cuenta de que las personas seguían de largo y lo que menos querían era jugar con ella. También le gustaba esconderse, pero pronto advirtió que a nadie le interesaba jugar a las escondidas. Y otra cosa que le encantaba era andar detrás de la gente, haciendo como que iba a morderle los talones, pero a cada rato recibía unas patadotas terribles porque todos los habitantes de la casa eran torpes y andaban siempre apuradísimos. Vivían retándola:

—¡Luli, salí de ahí!

—¡Luli, cuidado con las plantas!

—¡Luli, no arañes los sillones!

Así que Luli esto, Luli aquello, lo mejor era quedarse quietita en el sillón de la sala, o sentarse a mirar cómo pasaban los coches a través de la ventana.

Podía pensarse que no tenía nada de malo llevar esa vida. Pero había un problema: el aburrimiento. Luli estaba aburrida como un león en su jaula. O como un chimpancé de circo cuando no trabaja.

Todas las mañanas llegaba al departamento una señora que hacía la limpieza. La señora caminaba por todos los ambientes, limpiaba aquí y allá, pasaba un plumero, barría detrás de las puertas, encendía el lavarropas, planchaba, recibía al cartero, al sodero, a vendedores y cobradores, atendía el teléfono. Era una mujer gorda y muy activa, que iba para un lado, venía para el

otro y nunca se quedaba quieta. A Luli le fascinaba verla trabajar. Al principio la seguía y, para jugar, le mordía la escoba, le tiraba el plumero al piso, saltaba detrás de sus chancletas, se trepaba a las paredes o empezaba a correr en círculos por toda la casa para llamar la atención. A veces se escondía detrás de una puerta y se agazapaba como si fuera a saltar. Pero todo lo que conseguía era que la mujer comentara:

—Esta Luli está loca y es peligrosa.

Y así, cada tanto se ligaba un grito, un chancletazo o un encierro, porque cuando Luli estaba más divertida y juguetona la metían en el baño y le cerraban la puerta. Con lo cual el aburrimiento era peor, porque ni siquiera podía subirse a la ventana del baño ni investigar nada porque las puertitas de los botiquines estaban cerradas. Todo lo que podía hacer era quedarse



sentadita sobre el piso frío pensando: “¿Por qué será que todos los pisos de los baños son tan fríos?”, y aburriéndose como loca.

12 Cuando por las tardes volvían las personas de la casa y justo ella estaba de lo más tranquila, la llamaban para que se sentara con ellos en sus regazos, a ver televisión. Al principio Luli aceptaba, pero enseguida se aburría y, si se ponía a saltar, la regañaban; y si proponía jugar a las escondidas, las personas la miraban con extrañeza y comentaban:

—Decididamente, esta Luli está loca.

O el señor de la casa, siempre tan serio y con cara de enojado, exclamaba:

—No la aguanto más. No sé para qué la trajeron.

O el nene más chiquito de la familia, que solo tenía seis años, andaba detrás de ella para mortificarla con todo tipo de maldades,

de modo que lo mejor era esconderse. Luli sentía pánico frente a ese chico que siempre la estrujaba, la apretaba, la zarandeara, la subía y la tiraba, le metía la mano en la boca, le estiraba los bigotes o –el colmo de los colmos– se fascinaba agarrándole la cola, cosa que a Luli, como a todos los gatos, la ponía muuuuuy nerviosa.

13

Por las noches, mientras las personas cenaban y miraban televisión, Luli se acurrucaba en el sofá, para pensar. Era una gatita muy distraída y le gustaba meditar acerca del tiempo. Imaginaba cómo sería el día siguiente y lo que podría hacer para no aburrirse. Si afuera había tormenta, soñaba con un sol amarillo y grandote que no se podía ni mirar. Si afuera la noche era plácida, intuía tempestades en las que siempre había un accidente y ella era la heroína que salvaba a quienes estaban en peligro. Si se sentía

romántica, lo cual sucedía muy a menudo y especialmente en las noches borrascosas, imaginaba conocer a un varón educado y gentil, de ancha y peluda cola y bigotes larguísimos como agujas de tejer, que venía a cantarle maullidos de amor. Y si se sentía muy aburrida –lo que también era frecuente– simplemente pensaba en lo aburrida que estaba. Entonces se deprimía un poco, se lamía las costillas un ratito y se dormía pensando en su mamá y en su papá a quienes no veía desde hacía mucho tiempo.

El problema era que cada vez que se acurrucaba para meditar y soñar, casi siempre a alguna de las personas de la casa se le ocurría –¡justo entonces!– sentarla sobre su falda. Luli se dejaba estar solo unos segundos, por cortesía, pero enseguida se las ingeniaba para escabullirse. Entonces las personas decían: